

Documentos

Etnoregionalismo; un desafío para el Estado Nacional*

Peter Waldmann

El estado nacional se tornó demasiado pequeño para los grandes problemas de la vida y demasiado grande para los pequeños problemas de la vida.

Daniel Bell

1. Introducción:

Vuelve un problema que se creía superado

En los primeros quince años después de la finalización de la segunda guerra mundial, el nacionalismo y el etnoregionalismo no eran en Europa un tema de discusión pública. El acaecer bélico había puesto demasiado claramente ante los ojos las funestas consecuencias de un pensar aprisionado en categorías estrechas nacionalistas. El prolongado derramamiento de sangre había exigido muchos millones de víctimas y costado a Europa su primacía en el contexto de poder político mundial. Se dieron entonces por primera vez indicios de una voluntad seria de reconciliación entre naciones tradicionalmente beligerantes como Francia y Alemania, se hicieron visibles esfuerzos de superación de rivalidades de poder nacional estatales. Pareció acercarse tangiblemente una Europa unida como alternativa económica y política con respecto al modelo clásico del estado nacional, vigía celoso de su soberanía absoluta. De esta visión optimista del futuro, de los políticos, salió al encuentro la teoría de modernización, que en ese momento prevalecía en las ciencias sociales, postulando un retroceso de caracteres "innatos", como raza, origen étnico y confesión, en los rasgos del desarrollo social y económico. Según esta teoría, el individuo, encadenado por la procedencia y tradición, sería poco a poco reemplazado por el hombre racional, libre de prejuicios, comprometido con criterios humanistas universales, abiertos al mundo¹.

Tanto más asombrados reaccionaron políticos y científicos, cuando los años 60 fueron caracterizados por el nuevo despenar de movimientos regionalistas, considerados desde hacía tiempo como sobrepasados y muertos. Escoceses, valones, nórdicos católicos, bretones, corsos, occitánicos, gallegos, catalanes, vascos, flamencos y sudtiroleses se rebelaron contra la tutela centroestatal y la discriminación económica o cultural y reclamaron mayores derechos y competencias para su respectiva región².

Entretanto la protesta perdió su momento de sorpresa, reivindicaciones regionales de descentralización están presentes en un firme orden del día político, tanto de los estados singulares como de la comunidad europea en creciente fusionamiento. En realidad, los grupos etnoregionalistas tampoco habían surgido de la nada en los años 60, sino que se habían inspirado en la ola de descolonización y fundación de estados de los años 50 en el Tercer mundo, de los que también asumieron en parte las palabras y fórmulas ideológicas de justificación para su proceder más o menos radical. Luego en los años 70 tardíos y en los tempranos 80 vino a propósito a los etnoregionalistas el giro general posmaterialista, vinculado con una crítica de las grandes organizaciones burocráticas, con la valoración creciente de estructuras pequeñas, abarcables y la creciente preocupación por la conservación del ambiente natural. En los años 80 tardíos las corrientes regionalistas fueron por fin adicionalmente alimentadas por el desmoronamiento del imperio soviético, que llevó consigo la disolución de todo el bloque de poder de países del este. Entre los escombros del antiguo orden se hicieron visibles los pueblos y naciones como nuevos (o antiguos, según la perspectiva.) actores colectivos y fuerzas políticas constitutivas.

En suma, se puede hablar de un movimiento regionalista, transcurriendo a empellones pero continuo y acrecentándose en amplitud de efecto, de una "sublevación de la provincia", como un autor lo denominó³, que ponen a la defensiva al estado nacional, de cuño clásico, visto "desde abajo". Antes de que nos preguntemos por las causas de esta sublevación y subrayemos algunos de sus rasgos característicos, parece sensato hacer dos observaciones previas.

La primera se anuda con la vieja controversia acerca de si “pueblo,” “nación,” “grupo étnico” o denominaciones semejantes, que se refieren al sujeto colectivo, en cuyo nombre se elevan reclamos de autonomía, mientan formaciones “objetivas,” o si se trata hasta tal punto de meros constructos, ficciones. Una concepción más antigua hacía suyo de modo predominante el punto de vista “objetivista,” mientras en la etnología y sociología más recientes se pone el acento mayor en la difusión de determinadas ideas y representaciones como fundamento del surgir de movimientos nacionalistas⁴. A continuación se referirá, apoyándose en M. Esman. S. Rokkan y otros, una posición mediadora. Si bien no se desconoce el significado del imaginario, de atractivas imágenes y de construcciones pseudorealistas del pasado en el despliegue de tales movimientos, se parte de la convicción de que éstos deben anudarse, por lo general, a un sustrato real, sea una lengua común, instituciones acreditadas, situaciones de intereses económicos o experiencias históricas comunes, para tener éxito⁵.

Un tal criterio “objetivo” es por ej. un territorio común. Los otros argumentos se limitan a las minorías étnicas, que más o menos cerradas habitan una zona, en la que están asentadas desde hace tiempo y sobre la que presentan una cierta reivindicación. La así llamada cuestión de los trabajadores extranjeros, que actualmente gana en Europa occidental y del sur una creciente fuerza explosiva, queda con esto disminuida. Seguimos así el consejo dado ya en los años 60 por S. Lieberman, de distinguir cuidadosamente entre minorías inmigradas y minorías que, desde hace tiempo en posesión de un determinado territorio, sobre éste, a través de la inmigración de extranjeros, la emigración de miembros del propio grupo étnico, su adaptación a la cultura de la mayoría o modificaciones semejantes, amenazan ser apartados a una posición marginal. Reivindicaciones regionalistas de autonomía son presentadas casi exclusivamente por minorías del último tipo mencionado⁶.

2. La cuestión de las causas: no faltan planteos explicativos.

Cuanto menos había sido previsto, en primer lugar por la ciencia social, la reanimación de corrientes regionalistas, tanto más asidua e intensivamente ésta

se esforzó, tras su aparición, en descubrir sus raíces y motivos de surgimiento. Se fueron descubriendo desde un punto de vista comparativo varios complejos de causas.

En primer lugar llamó la atención el que la mayoría de estos movimientos estuvieran en estrecha conexión temporal con un impulso de industrialización y modernización. En parte (eventualmente en el caso de Cataluña o de los Países vascos) se trataba de la profundización y ampliación de un desarrollo, cuyos inicios se situaban ya en la segunda mitad del siglo XIX. Pero algunas zonas periféricas europeas fueron incluidas por primera vez después de la segunda guerra mundial en un abarcador proceso de industrialización. Sus consecuencias fueron la disolución de vínculos sociales tradicionales, una elevada movilidad horizontal, una progresiva urbanización de la región, creciente secularización y la modificación del estilo de vida de la población. Tras las numerosas corrientes migratorias una parte de la población autóctona perdió la zona de procedencia, para emigrar a las grandes ciudades de la región central, por otra parte los acrecidos potenciales de desarrollo de la región atraieron a menudo desde afuera nuevos grupos poblacionales, en una palabra se llegó a la mezcla y en parte estratificación de diferentes grupos étnicos⁷.

En su obra clásica sobre nacionalismo y comunicación social. K. W. Deutsch se había ocupado precisamente de las consecuencias de una tal mezcla progresiva de grupos poblacionales, que vivían tradicionalmente separados. Había reducido los múltiples procesos provocados por la modernización a dos componentes fundamentales, la movilización de la población y su recíproca adaptación ("asimilación"). Si bien no dejó de ver que la progresiva movilización social podía también tener como consecuencia crecientes tensiones sociales, sin embargo su afirmación se orientaba en general a que movilización y asimilación social fueran dos procesos que marchan paralelos, que crearían una población homogénea como base del estado nacional moderno⁸. Pero justamente éste no era el caso, o muy condicionadamente, como lo demostró la reanimación de corrientes regionalistas, creídas desde hace mucho tiempo obsoletas, en la Europa de los años 60, que se desarrollaba aceleradamente.

Se mostró que el contacto acrecentado de grupos de pueblos, que antes vivían en relativo aislamiento, con la población mayoritaria, no conducía automáticamente entre ellos a una disposición a adaptarse al estilo predominante “moderno” de vida, sino por el contrario provocaba más bien una necesidad de deslinde. En no pocos casos la minoría, recién en la continua confrontación con la cultura mayoritaria, se hizo conciente de sus particularidades y comenzó a desarrollar un interés por la conservación de instituciones tradicionales y el cultivo de las propias tradiciones culturales.

Un punto de vista que Deutsch claramente menospreció, es el significado de la zona hereditaria de asentamiento para minorías regionales. Justamente porque éstas deben conformarse, en el contexto general del estado, con una posición inferior y en todo momento con el poder convertirse en minoría, les es tanto más importante ejercer, por lo menos al interior de “su” región, indiscutida hegemonía. Esta hegemonía fue sin duda a menudo cuestionada por las corrientes migratorias y las modificaciones en los hábitos de vida, que surgieron como consecuencia del proceso de modernización: aproximadamente cuando la industrialización atraía inmigrantes a la región, que no aprenden la lengua de las minorías, no querían asumir las costumbres y usos locales: o cuando partes de la misma minoría emigraban, eran absorbidos por la cultura mayoritaria o sencillamente traían al mundo menos niños que antes. Semejantes modificaciones fueron experimentadas por parte de la minoría como riesgo de su estado de posesión “territorial” y podían conducir a muy fuertes reacciones⁹.

El desarrollo industrial engendraba además nuevas formas de división étnicas del trabajo horizontal o vertical¹⁰. Véase por ej. la región de las minorías empujada al margen de la dinámica económica, porque el gobierno central cuidaba de que los polos importantes de crecimiento económico y centros de decisión quedaran localizados en la cercanía de la metrópoli, entonces comprensiblemente se amargaba y ofendía. Sin embargo, debía sentirse apenas menos postergada y humillada, cuando el estado central activaba el desarrollo industrial apuntando también a las periferias, pero para ello instalaba casi

exclusivamente cuadros de la población mayoritaria entrenados de modo correspondiente –la condenable política de rusificación ejercida por Stalin en la Unión Soviética–, que se establecían como un tipo de casta de señores sobre la población aborígen. El ejemplo contrario lo constituyen las regiones al ya industrialización descansaba sobre sus propias fuerzas y recursos, como Escocia, Quebec, Flandes, Cataluña o los Países vascos. Paradójicamente también este tipo de desarrollo exigía fuerzas centrífugas e hizo más fuerte el llamado a mayor independencia regional. Sin embargo no se argumentaba que se era oprimido por el estado central y frenado en sus posibilidades de despliegue económico. Antes bien el aumento del propio peso económico era presentado como fundamentación de que se dependía menos que antes del estado central y por ello también se estaba menos dispuesto a soportar su tutela política¹¹.

Como lo han puesto en claro los argumentos diferentes y en parte opuestos para legitimar las aspiraciones emancipadoras de la periferia, el estado moderno cayó en una situación difícil, caracterizable en su conjunto como defensiva, frente a las minorías regionales. Aquí se encuentra un segundo complejo de causas, reconocido en general en la literatura, para el fortalecimiento de movimientos etnoregionalistas. Mientras se trate de estados centralistas totalitarios o autoritarios es adjudicable a ellos mismos esta difícil situación, pero también en sistemas estatales tradicionalmente democráticos como Bélgica, Canadá o Francia, las élites estatales centrales son puestas progresivamente en apuros por la presión de las regiones periféricas.

En cuanto a las dictaduras autoritarias o totalitarias como el régimen franquista en España o la Unión Soviética bajo Stalin, no era raro su objetivo declarado de apartar todos los particularismos regionalistas, por decirlo así allanarlos, para crear un estado unitario, centralista con una población homogénea. Así procedió Franco severamente contra toda manifestación del particularismo vasco y catalán, desde la prohibición de la lengua correspondiente y de los nombres propios regionales, pasando por el apartamiento de instituciones tradicionales y bienes culturales, hasta la represión sistemática aún de las más

inofensivas manifestaciones de autonomía política. Stalin trasladó pueblos enteros, fijó nuevamente (y de modo arbitrario) los límites entre repúblicas parciales, atizó en el aspecto económico la rivalidad entre las repúblicas y pretendió al mismo tiempo, con la superposición de grupos de población aborígen, a través de un estrato de académicos y obreros especializados rusos, fusionar paulatinamente todos los territorios y grupos étnicos en un estado ruso unitario. Si al autoritario Franco le fueron puestas ante los ojos las fronteras de su proyecto estatal centralista, todavía en vida, a través de la rebelión de vascos y catalanes, bastó el potencial coercitivo totalitario de la dictadura soviética, para ahogar en germen planteos protestatarios populares y regionales. Sin embargo, tras la disolución del imperio soviético, también aquí resultó pronto, que la presión controladora había sido de naturaleza meramente externa y que no había alcanzado el núcleo de la propia conciencia y de la voluntad de sobrevivencia de los pequeños pueblos.

Como se ha dicho, entretanto también el estado democrático asistencialista de cuño occidental hizo algún esfuerzo para defenderse de las reivindicaciones de mayor autonomía regional. Ello no se relaciona, por último, con su carácter de agencia económica distribuidora, de dimensiones gigantescas, que determina qué grupos de población y regiones llegan a disfrutar de ventajas económicas específicas. Con respecto a éstas, el estado moderno se ve confrontado con el dilema de que a largo plazo no puede satisfacer ni a las regiones prósperas ni a las más pobres¹². Las zonas pobres se quejan mayormente de la insuficiencia de los subsidios dirigidos a ellas en el marco del "equilibrio horizontal financiero y señalan que su atraso económico es resultado de la marginación y explotación centralista. Pero también las regiones económicamente dinámicas se sienten tratadas injustamente, consideran los medios llevados al centro y a las regiones pobres una disipación inútil y calculan que la inversión de estos medios en la propia región acrecentaría adicionalmente su bienestar. A ello se agrega el que las nuevas formas de democracia participativa, como ya se recordaba en el dicho introductorio de D. Bell, generalmente hacen aparecer en una luz más favorable a las unidades políticas pequeñas, abarcables y controlables, que el estado central

anónimo, impenetrable. El creciente aprecio que experimentan el tiempo libre, una soportable carga del tránsito, un ambiente intacto y un agradable medio social local, las necesidades de aquí y hoy, hacen que movimientos locales y regionales deparen una más elevada atención y simpatía, que luego en el balance de simpatía para estado nacional cuentan correspondientemente como elementos negativos.

Hasta aquí se trataba en general de la protesta de las regiones, de las minorías étnicas, pequeños pueblos, etc. Pero naturalmente es en los casos más raros que toda la población regional se torna políticamente activa, para asegurar resonancia pública a las reivindicaciones de autonomía. A través de un examen comparado de los movimientos regionalistas se constata pronto que sus portavoces proceden del estrato medio, particularmente del nuevo estrato medio académicamente formado¹³. Se trata en gran parte de grupos profesionales, que tienen mucho que ver con la palabra hablada o escrita, de docentes, periodistas, párrocos, científicos humanistas, en parte también miembros de la inteligencia técnica. Dado el caso, estos intelectuales de estrato medio están en alianza más o menos estrecha con la burguesía regional. Lo que une a estos grupos es un doble motivo de insatisfacción. Por una parte chocan sus miembros, en su mayor parte individuos dinámicos, que confían en sus elotes personales y conocimientos, con el hecho de que en el curso de su carrera profesional, están frecuentemente ante un límite que pone fin a sus aspiraciones de ascenso. Dado que esta barrera no tiene que ver con su capacidad sino exclusivamente con su status de pertenecientes a la minoría, es decir es atribuible a la pendiente estructural de poder entre mayoría y minoría, sólo se puede superar a través de un esfuerzo colectivo. El otro motivo se relaciona estrechamente con el significado de la lengua como medio de trabajo para estos grupos profesionales. Como hombres de la palabra, molesta enormemente a los intelectuales de estrato medio, no poder comunicar en la lengua materna sino tener que adherirse al uso obligatorio del idioma mayoritario. Es fácil de reconocer, que ambos problemas pueden ser atenuados, si no hasta resueltos, si el estado central se encuentra dispuesto a más concesiones con respecto al otorgamiento de autonomía institucional y cultural

a la región en cuestión: las autoridades administrativas regionales y los órganos políticos de representación que así surgen aumentan la oferta de puestos lucrativos y posibilidades de perfilamiento profesional, mientras la introducción de la lengua regional como lengua oficial obligatoria prepara un fin del incómodo bilingüismo, experimentado en parte como humillación, en el ámbito laboral¹⁴.

En su esfuerzo por obtener representaciones y exigencias correspondientes, los protagonistas de movimientos regionales de protesta son corroborados, no en último lugar, a través del desarrollo internacional. Algunos autores han hablado directamente de un efecto internacional de demostración, que sería responsable de la creciente popularidad de la idea de descentralización y regionalización¹⁵. Como se mencionó al comienzo, un tal efecto partió primero de las guerras descolonizadoras en el Tercer mundo (por ej. de la lucha nacional de liberación en Argelia), de las que los militantes etnoregionalistas de Europa tomaron en parte la terminología (por ej. "colonia interior"), a veces aún la táctica (lucha guerrillera y terrorismo). Además no es menospreciable la influencia que fue ejercida sobre los portavoces de movimientos regionalistas de independencia a través de la existencia de pequeños estados como Islandia, Irlanda del Sur o Luxemburgo. Por cierto, estos pequeños estados mostraban que la aspiración de pueblos pequeños hacia la soberanía de derecho internacional no es una utopía sino un camino político transitable, que puede ser emprendido sin conducir inevitablemente al callejón sin salida de una renovada dependencia política y marginación económica. La posibilidad de un cambio político concreto de tan amplios objetivos políticos no es sugerido en último lugar por el ensanche y fortalecimiento de la comunidad europea. Pues aquí se conforma un nuevo plano político de decisión y referencia, que relativiza el significado de poder político del estado nacional y permite a las representaciones regionales hacer oír sus aspiraciones, omitiendo las instancias estatales centrales, directamente a un foro supranacional y a un público internacional interesado. Entretanto, el slogan "Europa de las regiones" hizo escuela y obra cáela vez más, aún en el este, como fermento de disolución de estructuras nacional estatales, si bien las realidades del poder político están todavía muy alejadas de la visión de futuro a ello ligada.

Se podría también, argumentando *ex negativo*, preguntar menos por las fuerzas y condiciones *positivas*, que produjeron el etnoregionalismo como fenómeno de la modernidad tardía, que por anteriores campos prevalecientes de conflicto y desaveniencias ideológicas, cuya supresión ayudó al etnoregionalismo a que tuviera una mayor fuerza de atracción y explosión. En este sentido A. Lijphart indicó el retroceso de tensiones confesionales y conflictos sociales de clase, así como en general el disminuido efecto de vinculación del estado clásico nacional, en calidad de condiciones previas de la ventaja atractiva de movimientos nacionalistas y etnoregionalistas¹⁶. En verdad, esta forma indirecta de demostración no es del todo concluyente, dado que la reducida fuerza explosiva de confrontaciones sociales y confesionales no debía conducir inevitablemente a un "recargo" de conflictos nacionalistas. En lo que toca a la disminuida fuerza de vinculación de símbolos y decisiones nacional estatales, la argumentación tiene un rasgo tautológico: queda por cierto abierto si aquí realmente se debe buscar una causa del fortalecimiento de movimientos regionales, o si más bien justamente viceversa el auge de ideologías y corrientes regionalistas no presenta una de las causas principales de la actitud de distanciamiento progresivo de amplios grupos de población con respecto al estado nacional de antiguo cuño.

3- Los movimientos etnoregionalistas: objetivos, medios, justificaciones.

El estudio de movimientos nacionalistas y etnoregionalistas ha aprovechado en época reciente, en fuerte medida, de un nuevo modo de ver los movimientos sociales, que está conectado con la denominación colectiva "teoría de recursos". Según ésta, para la dinámica de los movimientos sociales no es decisivo ni la fuerza de un impulso emocional colectivo, como un resentimiento, ni la voluntad y la fuerza de irradiación de conductores singulares, sino la capacidad de "movilización de recursos" del núcleo conductor (donde se toma por base un muy amplio concepto de recurso, desde la obtención de medios materiales hasta la consecución de partidarios)¹⁷. Desde este ángulo de mira es de preguntarse qué opciones diferentes de objetivos, medios y estrategias de justificación se

abren a las cabezas conductoras de un movimiento etnoregionalista de protesta y qué ventajas o desventajas específicas resultan de la elección de uno u otro objetivo, medio, etc. respectivamente.

En lo que concierne, en primer lugar, a la fijación de objetivos de estos movimientos se da un amplio espectro de elección comenzando por el modesto esfuerzo por el reconocimiento de limitados derechos de autonomía cultural, pasando por una mayor cogestión política, hasta el irrevocable desprendimiento del estado central. La discusión acerca de las prioridades de objetivos conduce, la mayoría de las veces, a diferencias de opinión entre los conductores de estos movimientos, que por regla general se escinden en un ala moderada, dispuesta al compromiso, y una radical, intransigente; no es raro que de tal disenso resulte hasta la partición de la organización autonomista. Cualquiera sea el punto de vista que represente singularmente una fracción conductora, la estructura fundamental de su discurso permanece siempre la misma: se referirá a inconvenientes y déficit de desarrollo en la región, de los que son supuestamente responsables el estado central y el orden político y administrativo impuesto por él a la región, de tal modo que un mejoramiento de la situación sólo es esperable de una transferencia de mayores competencias y medios a la región. El verdadero objetivo del discurso es minar y conmover la confianza para con el estado central, en cuyo reemplazo el movimiento regionalista confía ganar el apego y fidelidad política de la población regional¹⁸.

Dos rasgos merecen especial atención en este discurso, en el que los conductores del movimiento regional pretenden perfilarse a costa del centro. Uno es que se intenta captar una parte, en lo posible amplia, de la población minoritaria. En este sentido, la apelación a valores comunitarios, como los lazos abarcadores de todos los grupos sociales y clases de una tradición común y de un destino comunitariamente sufrido, se muestra mucho más efectivo que tomar prestado de una teoría marxista de clases¹⁹. Cuando en los años 60 los conductores de la organización separatista vasca ETA e irlandesa del norte IRA comenzaron a equiparar demasiado explícitamente la situación de la propia minoría con la

de la explotación del proletariado en el esquema marxista de clases, debieron hacer pronto la experiencia de que el estrato medio y la burguesía minoritarios tomaban distancia del movimiento.

Un segundo resultado llamativo consiste en que los movimientos de protesta que polemizan contra el centro y su política, aún en esta actitud anti, aparecen estampados por el centro. Algunos ejemplos pueden aclarar lo que se mienta con esta comprobación paradójica: así el movimiento independentista vasco modificaba, a pesar del invariable tenor fundamental separatista de sus exigencias, en el curso de la década, claramente el tinte de contenido y el desempeño, en inmensa dependencia de la respectiva política del centro. Durante la Primera República liberal (segunda mitad del siglo XIX) el nacionalismo vasco estuvo acuñado por una actitud antiiluminista, racista, ultraclerical. Cuando por el contrario bajo el sistema restaurador de dominio de Franco correspondió a la Iglesia un rol principal como sostén del régimen, la organización opositora vasca ETA, que desde entonces entraba en plan, tomó desde un comienzo una posición progresiva, atea, acentuando la lengua ante la raza como criterio étnico de delimitación²⁰. Una mirada por encima del océano, hacia Canadá, muestra que los separatistas en Quebec apuestan a un estado fuerte, intervencionista, en manifiesto distanciamiento con respecto al estilo de *laissez-faire* del gobierno federal en Toronto. Con particular evidencia se justifica nuestra tesis ante el ejemplo de las más recientes corrientes nacionalistas en Europa del este. Aquí se fusiona sin dejar rastro la exigencia de mayor autonomía política de los pequeños pueblos con la democratización, respeto por los derechos humanos, respeto por las confesiones y cambios de orientación de política económica, es decir, todos esos deseos de reforma que bajo el poder estatal central no tenían chance alguna de imponerse. La reconsideración del pueblo y nación como marcos constitutivos de referencia del proceder político, presenta en este caso una clara reacción contra el descrédito de las ideologías transnacionales del socialismo y comunismo a través del abdicado régimen.

Con respecto a la cuestión acerca de qué medios están a disposición para la persecución de objetivos regionalistas, se debe primero poner de relieve,

que las posibilidades regulares de influencia política de minorías étnicas, por regla general, están limitadas. En el marco de los procedimientos políticos democráticos de decisión por mayoría, como son usuales en Occidente, los grupos poblacionales numéricamente inferiores tienen sólo escasa chance de imponerse en sus aspiraciones, particularmente en la de una modificación del status quo político y de derecho constitucional. Por esta razón, los protagonistas de movimientos regionalistas de protesta se deciden por medios y métodos, que están asentados al margen de procedimientos oficiales de votación, a veces hasta al margen de la legalidad: propaganda de diferente tipo, demostraciones, firmas, peticiones, espectaculares actos simbólicos. Las mencionadas maneras de proceder vinculan un cierto reconocimiento de las reglas existentes de juego de manifestación de la opinión política con su puesta en cuestión simultánea, se unen oferta de compromiso y desafío a las élites dominantes del centro.

Si se funda una organización subversiva, que busca obtener por la fuerza concesiones, entonces es abandonado el marco democrático de resolución de conflictos, en todo caso claramente y en su mayoría definitivamente. Ocasionales excesos y choques violentos con las fuerzas del orden son casi inevitables en el curso de confrontaciones nacionalistas. Pero a una instancia continuada y organizada de fuerza a través de movimientos etnoregionalistas se llega sólo bajo muy determinadas condiciones²¹. En primer lugar, cuando el control del movimiento (o de la respectiva rama del mismo) se escurrió del estrato medio regional o burguesía y pasó a grupos de status social inferior; pues estrato medio y burguesía procurarán con todas las fuerzas evitar una escalada de violencia cuyo desenlace permanece incierto, de tal modo que al final del conflicto podrían reencontrarse en una situación más desfavorable que al comienzo. En segundo lugar, se debe contar con una oscilación violenta de la protesta, cuando la sensación de la minoría, de entrar en apuros en su propio territorio, se agrava dramáticamente. En particular, apropiadas para evocar tales sensaciones de aguda amenaza, son situaciones en las que se da una "doble minoría". De este modo, son en Irlanda del norte indudablemente los católicos la minoría, la que se siente oprimida y bajo la mayoría de los protestantes o el gobierno británico. Pero

en el contexto irlandés total no es menos plausible que los protestantes reclamen para sí un status de minoría y expresen el temor de “ser arrojados al mar” (para utilizar la fórmula drástica de sus portavoces) un día por la mayoría católica. Ambos guapos poblacionales pueden así invocar el ser llevados a estrechez y tener que defenderse con todos los medios, lo que confiere a su conflicto un conocido rasgo inconciliable, obstinado. Una tercera condición que favorece el vuelco de protesta regionalista hacia acciones violentas es finalmente el peralte sagrado de objetivos de autonomía, a través de representaciones religiosas de salvación. Una carga religiosa, como por ej. contemporáneamente se observa en las confrontaciones entre armenios (cristianos) y aseríes (islámicos), confiere a conflictos políticos una nota absoluta, que parece justificar todo método y excluye prácticamente compromisos.

Aunque el ejercer presión con medios pacíficos y sistemático empleo de fuerza parecen ser caminos alternativos para la persecución de objetivos políticos, en época reciente se dan cada vez más movimientos regionalistas de protesta, que se sirven de ambos métodos²². Sean introducidos nuevamente como ejemplo los separatistas vascos, que por una parte están representados en el parlamento por un partido, pero por otra parte no se apartaron de prestar énfasis a sus exigencias de independencia a través de regulares atentados con bombas. Este doble modo de proceder no corresponde sólo a un cálculo estratégico, según el que se espera, de la vinculación entre fuerza de las armas y una simultánea disposición señalada de diálogo y negociación, óptimos resultados en la confrontación con el estado central. Tiene en cuenta adicionalmente la diferenciabilidad de los partidarios del movimiento, de los que sólo una parte está dispuesta a la lucha subversiva (y es para ella idónea), mientras todo el resto puede hallar un total empleo útil en el marco de acciones legales de protesta.

Entre las numerosas *justificaciones* que son presentadas de la legitimidad de aspiraciones etnoregionales, tratemos sólo brevemente su fundamentación por el derecho democrático de autodeterminación de los pueblos. Como entre otros E. Francis y R. Lepsius lo han puesto de relieve, en la idea de democracia se

encuentra la doble raíz del “demos” y el “ethnos”²³. “Demos” reposa primariamente sobre el pueblo como legítimo portador del dominio *político*, mientras “éthnos” se refiere más a las particularidades *históricas, religioso-culturales y socio-económicas* de un grupo popular. Ambos componentes pueden entrar fácilmente en una recíproca relación tensional: si democracia en el sentido de “demos” es un muy determinado orden político, que descansa sobre la consecuente aplicación del principio de igualdad (“one man one vote”), se presenta el pueblo en el aspecto de “ethnos”, como unidad multiforme, interpretable de modo diferente, según la situación histórica. Democracia en el aspecto de “demos” fundamenta ante todo derechos individuales, como “éthnos” es la fuente de derechos colectivos. “Demos”, como decisión fundamental para la igualdad de todos los ciudadanos, no admite ninguna discriminación de categorías sociales singulares o determinadas; ethnos, por el contrario, como acentuación de los derechos de todos los grupos populares, puede consentir la discriminación de otros grupos populares y sus partidarios (“nosotros y los otros”). Finalmente, se trata de dos decisiones políticas de valor, de índole propia, que se ocultan en la etiqueta común de “autodeterminación democrática”.

Para movimientos etnoregionales o nacionalistas no es raramente característico que sustraigan el componente –“demos” en la comprensión de la democracia– y acentúen exclusivamente el elemento “ethnos”. Para fundamentar esta acentuación parcial hacen mayormente valer que la emergencia y opresión colectivas hace aparecer de primera necesidad el poner sobre un sólido fundamento la existencia y sobrevivencia del grupo popular en su conjunto, antes de poderse dar el lujo de reconocer privilegios ciudadanos a individuos singulares. Así como esta fundamentación suena poco convincente, aclara sin embargo el notable estado de cosas de que minorías, que por décadas debieron sufrir opresión y perjuicio, sin embargo a menudo no dudan (←) en someter a miembros de grupos populares extraños a una severa presión de control y asimilación en su propio territorio. Como ejemplos de esta actitud se pueden nombrar en Occidente los francocanadienses de Quebec y los vascos españoles, pero es de temer que la desintegrada Unión Soviética, en la que ni apenas una

de las repúblicas recientemente surgidas dispone de una base poblacional étnicamente homogénea, libre en el futuro un copioso material para este punto.

En suma, no se puede desconocer que el estado nacional europeo, que por medio de una administración central consigue la paulatina integración de diferentes grupos poblacionales en una estructura social unitaria, determinada por continuas normas, y que ha creado una ciudadanía homogénea como condición de un sistema político racional, acuñado por el principio de igualdad, con todas estos resultados sólo podía alcanzar una victoria aparente sobre las pequeñas unidades tradicionales políticas y sociales. La abstracción y anonimato de instituciones nacional estatales hizo despertar renovadamente el deseo de formas sociopolíticas concretamente asibles y abarcables: los derechos impersonales de igualdad y libertad ("rights to option") engendraron, como polo opuesto, la nostalgia por una seguridad colectiva y una identidad grupal intacta ("rights to roots")²⁴.

4. Planteos de solución: sólo pocos convencen

Los intentos de suavizar los conflictos etnoregionalistas y conducir a una solución pacífica, se plantean en tres diferentes planos: el plano de los principios e ideas, el de los grupos de conducción socio-políticos y finalmente el institucional.

Con respecto a la cuestión acerca de qué principios son adecuados para posibilitar una convivencia pacífica entre estado mayoritario y población minoritaria, se puede partir de inmediato de la justamente acertada distinción, entre "ethnos" y "demos", en la comprensión de la democracia. Élite nacional estatales, que se aterran al principio étnico como base de legitimidad estatal, estarán menos dispuestas a tolerar minorías, que aquéllas que ponen el principio "demos" en el centro de su concepción del estado. Pues el objetivo de la creación de un pueblo estatal, en lo posible unitario, en el aspecto cultural-religioso, lingüístico y social, choca inevitablemente con los intereses de las minorías en la

conservación de sus tradiciones singulares y en la autonomía cultural. Partiendo de esta situación especial, se alcanza la comprobación general de que el trato con las minorías establecidas en su territorio, 'será tanto más fácil a los representantes del estado central, cuanto menos se entiendan a sí mismos como representantes políticos de un "ethnos", y más bien deriven sus funciones políticas de un principio independiente de aquél. Este puede ser una convicción religiosa (comparar un poco la propia comprensión de la monarquía española como baluarte del catolicismo hasta muy entrado el siglo XIX, o el actual significado del Islam en algunos estados del cercano oriente) o una ideología profana (el socialismo/ comunismo, como Lenin lo comprendía, era conocidamente compatible con una generosa política de nacionalidades). Pero también otros factores, que clan al estado una determinada orientación, como la defensa de un peligro externo inminente (comparar Suiza en época del fascismo) o una figura conductora política carismática (como Tilo lo representaba para la Yugoslavia de la época de posguerra), pueden cumplir la función de una grampa estatal de integración, que contrarreste la presión que surge de las nacionalidades y su aspiración a la autonomía. En cierto modo, el pensamiento aquí esbozado presenta sólo una consecuencia de la repetidamente acentuada ambivalencia de los movimientos nacionalistas. Estos, cuando se cumple su deseo de alcanzar un estado propio, pueden no impedir que otros grupos populares, que a través de la fundación de un nuevo estado son apartados a una posición de minoría, ahora por su parte reclamen la autonomía política. El nacionalismo minoritario es, en otras palabras, una fuerza al mismo tiempo constructiva y disolvente, que sólo en nombre de un principio trascendente puede ser encauzada y domesticada.

Un segundo planteo de solución se pone menos sobre ideas y principios generales que sobre la disposición al acuerdo y la voluntad de compromiso de los grupos poblacionales, envueltos en los conflictos de minorías, y especialmente de sus conductores. Parte del supuesto de que un pacífico andar uno junto y con otro de diferentes nacionalidades, en medio de un estado, es más fácilmente garantizado, cuando las correspondientes élites conductoras se organizan y cooperan entre sí²⁵. En el sentido de estas representaciones "democráticas de

concordancia”, no basta sin embargo que sea concedido a las minorías una representación de intereses en el parlamento: antes bien debieran los diferentes grupos poblacionales estar proporcionalmente representados en los diversos peldaños de todos los ámbitos de la administración estatal. Como prueba de la aptitud funcional de este modelo son mencionados ante todo Suiza y Bélgica, así como el Líbano antes de la actual guerra civil (es decir, hasta 1975).

De hecho, la influencia de las élites conductoras sobre la irrupción y curso de conflictos étnicos apenas puede ser sobrevaluada. La razón del agravamiento de confrontaciones tales, inclusive de la tendencia a un total desprendimiento del estado central, se encuentra mayormente en el suposición de élites parciales, de lograr perseguir sus intereses económicos y de poder tan bien o hasta mejor fuera de una común federación estatal mancomunada. Por otra parte, una tradición de muchos años de amigable entendimiento, así como el corpus allí surgido de comunes experiencias y modos de proceder, garantizan que alianzas de élites de este tipo no se pueden dispersar de un día al otro. El espacio de juego de acción para concesiones, disponer de élites, no es entretanto ilimitado. Mientras el grueso de un grupo popular se sienta bien representado por sus conductores y defendido en sus derechos, experimentará poca inclinación a impugnar y cuestionar las decisiones negociadas por éstos con los representantes mayoritarios. Pero si esta confianza es sacudida alguna vez o si las élites minoritarias la invierten en torpedear ofertas de compromiso por parte de la mayoría o el estado central, los conflictos podrán desarrollar una dinámica propia, que creará relaciones irreversibles. También aquí el Líbano (últimamente también Yugoslavia) ofrece un ejemplo impresionante y advertidor.

Finalmente se atribuya también a mecanismos normativos institucionales una función amortiguadora para conflictos de minorías. Entre ellos se cuentan, si se sigue la literatura, entre otros, la asunción de determinaciones descentralizadoras en la constitución, la introducción de un orden federal, el sistemático apañamiento de fronteras administrativas, lingüísticas y religiosas, para evitar una escalada conflictiva, la creación de zonas especiales de seguridad

y de tribunales de arbitraje competentes para el tratamiento de cuestiones de mayoría y minoría, un procedimiento escalonado de decisión con respecto a problemas explosivos de minorías y en lo posible asignaciones inequívocas de competencia al estado central o regiones minoritarias. El efecto pacificador de tales medidas y precauciones institucionales de ninguna manera debe ser bagatelizado; por lo general se supone ya en ellos lo que recién deben producir: la disposición de todas las nacionalidades de tolerarse recíprocamente y establecerse bajo el techo de una estructura estatal común. Donde falta esta voluntad, no se puede poner término a las fuerzas centrífugas ni siquiera a través de mecanismos para evitar y conciliar conflictos tan metódica y refinadamente ideados. Sea un ejemplo el proteccionismo como principio de orden y conciliación, en el que actualmente se deposita gran esperanza en los estados desgarrados por oposiciones étnicas de intereses. A ello es de objetar que en los pocos estados en que funciona una repartición federal de poder, un mínimo de consenso civil fundamental era no recién la consecuencia sino la condición de la introducción de este principio político de orden²⁶.

Notas

* El presente trabajo fue enviado especialmente por el autor para su publicación en la *Revista de Filosofía Latinoamericana y Ciencias Sociales*. El original alemán fue vertido al castellano por Dina Picotti.

¹ Con respecto a esto Lijphart, Arend: *Political Theories and the Explanation of Ethnic Conflict in the Western World: Falsified Predictions and Plausible Postdictions*, en: Esman, Millón J. (ed.): *Ethnic Conflict in the Western World*, Itaca y London 1977, p. 46-04.

² Connor, Walker: *Ethnonationalism in the First World: The Present in Historical Perspective*, en: Esman Millón J. (ed.): *Ethnic Conflict...*, p. 19-45.

³ Gerdes, Dirk (ed.): *Aufstand der Provinz. Regionalismus in Westeuropa*, Frankfurt/New York 1980.

⁴ Barth, Frederic: *Ethnic groups and boundaries*, Bergen/Oslo 1969; Elwert, Georg: *Nationalismus, Ethnizität und Nativismus-über die Bildung von Wir-Gruppen*, en: Waldmann, Peter und Elwert. Georg (ed.): *Ethnizität in Wandel*, Saarbrücken/Fort Lauderdale 1989, p. 21-60.

⁵ Con lo que en el resultado se toma en esta cuestión la posición de M. J. Esman. Esman, Millón J.: *Perspectivas on Ethnic. Conflict in Industrialized Societies*, en: El mismo (ed.): *Ethnic Conflict in the Western World...*, p. 371 ss., p. 372.

⁶ Lieberman, Stanley A.: *A Societal Theory of Race and Ethnic Relations*, en: *American Sociological Review*. t. 26 (1961). p. 902-910; también Rokkan. Stein y Urwin, Derek W.: *Economy, Territory, Identity. Politics of West European Peripheries*. London entre o. 1983.

⁷ Connor, Walker: *Ethnonationalism...*, p. 27 ss.; también Waldmann. Peter: *Ethnisidier Radicalismus. Ursachen und Folgen gewaltsamer Minderheitenkonflikte*, Opladen 1989. cap. 2 (p. 38 ss.).

⁸ Deutsch, Karl W.: *Nationalism and Social Communication. An Inquiry into the Foundation of Nationality*, 2 Ed., Cambridge/Mass. 1966.

⁹ Waldmann, P.: *Ethnischer Radikalismus...*, p. 188 ss.

¹⁰ Hechter, Michael: *Group Formation an the Cultural División of Labor*, en: *American Journal of Sociology*, año 84 (1978), N°2, p. 293-318.

¹¹ Gourevitch, Peter A.: *The reemergence of "Peripheral Nationalism". Some comparative Speculations on the Spatial Distribution of Political Leadership and Economic Growth*, en: *Comparative Studies and History*, 1979, p. 303-322.

¹² Lijphart, A.: Political Theories..., p. 58 ss.

¹³ Esman, M. J.: Perspectives.... p. 37 ss.: Waldmann, P.: Ethnischer Radikalismus..., p. 78 ss.

¹⁴ Jahn, Egbert: Die Bedeutung der österreichischen sozialdemokratischen Nationalitätentheorie für die gegenwärtige Nationalitätenproblematik in Europa, aporte a la conferencia "Zwischennationale Beziehungen in Europa. Geschichte und Gegenwart", en Vilnius. Septiembre 1991.

¹⁵ Connor, W.: Ethnonationalism..., p. 29 ss.

¹⁶ Lijphart, A.: Political Theories..., p. 59 ss.

¹⁷ En general para este planteo Zald, Mayer N. u McCarthy, John D. (ed): The Dynamics of Social Movements, Cambridge/Mass. 1979; Oberschall, Anthony: Social Conflict and Social Movement, Englewood Cliffs 1973.

¹⁸ Esman, M. J.: Perspectives..., p. 377 ss.

¹⁹ Comp. para esta problemática Balibar, Etienne y Wallerstein, Immanuel: Rasse Klasse Nation. Ambivalente Identitäten, Hamburg Berlín 1990.

²⁰ Par Fritz Rene Allemann fue referido que las minorías regionales en la época de entreguerra se ubicaban generalmente a la derecha, en los años 60 por el contrario a la izquierda. Ello está seguramente relacionado con el cambio de las democracias occidentales en sentido opuesto, desde una posición republicana de izquierda a una más bien de derecha, Allemann, Fritz Rene: Aufstand der Regionen: en: Hennis, W. entre otros (ed.): Regierbarkeit. Studien zu ihrer Problematisierung. Stuttgart 1979. p. 279-309.

²¹ En lo siguiente Waldmann, Peter: Ethnischer Radikalismus..., p. 29 ss., p. 173 ss. p. 162.

²² ídem

²³ Lepsius, M. Rainer: "Ethnos" oder "Demos" Zur Anwendung zweier Kategorien von Emerich Francis auf das nationale Selbstverständnis der Bundesrepublik und auf die Europäische Einigung, en: el mismo: Interessen, Ideen und Institutionen; Opladen 1990, p. 247-256; Francis, Emerich, K.: Ethnos und Demos. Soziologische Beiträge zur Volkstheorie, Berlín 1965.

²⁴ Rokkan, Stein y Urwin, Derek: Economy, Territory, Identity..., p. 115; Meny, Yves y Wright, Vincent (ed.): Centre-Periphery Relations in Western Europe. London Boston 1985, p. 4 ss.

²⁵ Véase en parte Lijphart, Arend: *Typologies of Democratic Systems*, en: *Comparative Political Studies*, Vol. 1 (1968), p. 3 ss.; el mismo: *Democracy in Plural Societies*, New Haven/ London 1977; también Esman, Milton J.: *Perspectives of Ethnical Conflict...*, p. 383.

²⁶ Como ejemplos de un orden federal que funciona son mencionados a menudo la República Federal alemana y los UDA. Comp. aquí Schultze, Rainer Olaf: *Föderalismus als Alternative? Überlegungen zur territorialen Reorganization von Herrschaft*, en: *Zeitschrift für Parlamentsfragen*, oct. 1990, p. 475-490; *Föderalism in internationalen Vergleich*, número extr./1990, de la revista "Politische Studien".